

BELLO, ANDRÉS (1781-1865)

1810 1829 LONDRES

DIOS ME TENGA EN GLORIA
NO PARA MÍ, DEL ARRUGADO INVIERNO...
ALOCUCIÓN A LA POESÍA
LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA
EL HIMNO DE COLOMBIA
LA LUZ
CARTA
LOS JARDINES
CANCIÓN
SALUTACIÓN DE AÑO NUEVO
DIÁLOGO
EL VINO Y EL AMOR
LA BURLA DEL AMOR
ATESORE EL AVARO...
FLORELO
PIDE LA DULCE PAZ DEL ALMA AL CIELO

DIOS ME TENGA EN GLORIA

(A la falsa noticia de la muerte de Mac-Gregor)

Lleno de susto un pobre cabecilla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hay lugar que no someta
el poder invencible de Castilla.

De insurgentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
y el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fue batido, preso y muerto,
y cómo me le hicieron picadillo,
dos y tres veces repasó la historia;

Tanto, que, al fin, teniéndolo por cierto,

exclamó compungido el pobrecillo:
-¿Conque es así? - Pues Dios me tenga en gloria.

NO PARA MÍ, DEL ARRUGADO INVIERNO...

No para mí, del arrugado invierno
rompiendo el duro cetro, vuelve mayo
la luz al cielo, a su verdor la tierra,
No el blando vientecillo sopla amores
o al rojo despuntar de la mañana
se llena de armonía el bosque verde.
Que a quien el patrio nido y los amores
de su niñez dejó, todo es invierno.

ALOCUCIÓN A LA POESÍA

(Fragmentos de un poema titulado «América»)

I

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas;
también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brindan;
y Céfiro revuela entre las rosas;
y fúlgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta;
y la avecilla en no aprendidos tonos

con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?

¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días,
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes,
cantaste al mundo las primeras leyes.

No te detenga, oh diosa,
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.

Descuelga de la encina carcomida
tu dulce lira de oro, con que un tiempo
los prados y las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar del arroyo trasparente,
las gracias atractivas
de Natura inocente,
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vaborosas alas, a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aún su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas;
y las riquezas de los climas todos
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Oceano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre,
qué prado ameno, qué repuesto bosque
harás tu domicilio? ¿en qué felice
playa estampada tu sandalia de oro
será primero? ¿dónde el claro río

que de Albión los héroes vio humillados,
los azules pendones reverbera
de Buenos Aires, y orgulloso arrastra
de cien potentes aguas los tributos
al atónito mar? ¿o dónde emboza
su doble cima el Avila entre nubes,
y la ciudad renace de Losada?
¿O más te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen
rubias cosechas, y süaves frutos;
do la inocencia y el candor ingenuo
y la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor y el patriotismo habitan?
¿O la ciudad que el águila posada-
sobre el nopal mostró al azteca errante,
y el suelo de inexhaustas venas rico,
que casi hartaron la avarienta Europa?
Ya de la mar del Sur la bella reina,
a cuyas hijas dio la gracia en dote
Naturaleza, habitación te brinda
bajo su blando cielo, que no turban
lluvias jamás, ni embravecidos vientos.
¿O la elevada Quito
harás tu albergue, que entre canas cumbres
sentada, oye bramar las tempestades
bajo sus pies, y etéreas auras bebe
a tu celeste inspiración propicias?
Mas oye do tronando se abre paso
entre murallas de peinada roca,
y envuelto en blanca nube de vapores,
de vacilantes iris matizada,
los valles va a buscar del Magdalena
con salto audaz el Bogotá espumoso.
Allí memorias de tempranos días
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
y nativa inocencia venturosos,
sustento fácil dio a sus moradores,
primera prole de su fértil seno,
Cundinamarca; antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
el hierro atroz; aún no degenerado
buscaba el hombre bajo oscuros techos
el albergue, que grutas y florestas
saludable le daban y seguro,

sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca- bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle.
De la gente infeliz parte pequeña
asilo halló en los montes;
el abismo voraz sepulta el resto.
Tú cantarás cómo indignó el funesto
estrago de su casi extinta raza
a Nenqueteba, hijo del Sol; que rompe
con su cetro divino la enriscada
montaña, y a las ondas abre calle;
el Bogotá, que inmenso lago un día
de cumbre a cumbre dilató su imperio,
de las ya estrechas márgenes, que asalta
con vana furia, la prisión desdeña,
y por la brecha hirviendo se despeña.
Tú cantarás cómo a las nuevas gentes
Nenqueteba piadoso leyes y artes
y culto dio; después que a la maligna
ninfa mudó en lumbrera de la noche,
y de la luna por la vez primera
surcó el Olimpo el argentado coche.
Ve, pues, ve a celebrar las maravillas
del ecuador: canta el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran; donde a un tiempo el vasto
Dragón del norte su dorada espira
desvuelve en torno al luminar inmóvil
que el rumbo al marinero audaz señala,
y la paloma cándida de Arauco
en las australes ondas moja el ala.
Si tus colores los más ricos mueles
y tomas el mejor de tus pinceles,
podrás los climas retratar, que entero
el vigor guardan genital primero
con que la voz omnipotente, oída
del hondo caos, hinchó la tierra, apenas
sobre su informe faz aparecida,
y de verdura la cubrió y de vida.
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso
que vuestros verdes laberintos puebla,
y en varias formas y estatura y galas

hacer parece alarde de sí mismo,
poner presumirá nombre o guarismo?
En densa muchedumbre
ceibas, acacias, mirtos se entretajan,
bejucos, vides, gramas;
las ramas a las ramas,
pugnando por gozar de las felices
auras y de la luz, perpetua guerra
hacen, y a las raíces
angosto viene el seno de la tierra.

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas,
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas
mides al caminante
por la espaciosa soledad errante;
o del cucuy las luminosas huellas
viese cortar el aire tenebroso,
y del lejano tambo a mis oídos
viniera el son del yaraví- amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
y animado carmín la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, da azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,

bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra
de sus albos jazmines, y el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.

.....

Mas ¡ah! ¿prefieres de la guerra impía
los horrores decir, y al son del parche
que los maternos pechos estremece,
pintar las huestes que furiosas corren
a destrucción, y el suelo hinchen de luto?
¡Oh si ofrecieses menos fértil tema
a bélicos cantares, patria mía!
¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
la sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dio en humanos miembros
pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares
salvar su oscuridad pudo a las furias
de la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodigio tanto
el amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos a tu canto.
¿A qué provincia el premio de alabanza,
o a qué varón tributarás primero?

Grata celebra Chile el de Gamero,
que, vencedor de cien sangrientas lides,
muriendo, el suelo consagró de Talca;
y la memoria eternizar desea
de aquellos granaderos de a caballo
que mandó en Chacabuco Necochea.
¿Pero de Maipo la campiña sola
cuán larga lista, oh Musa, no te ofrece,
para que en tus cantares se repita,
de campeones cuya frente adorna
el verde honor que nunca se marchita?
Donde ganó tan claro nombre Bueras,
que con sus caballeros denodados
rompió del enemigo las hileras;
y donde el regimiento de Coquimbo
tantos héroes contó como soldados.

.....

¿De Buenos Aires la gallarda gente
no ves, que el premio del valor te pide?
Castelli osado, que las fuerzas mide

con aquel monstruo que la cara esconde
sobre las nubes y a los hombres huella;
Moreno, que abogó con digno acento
de los opresos pueblos la querella;
y tú que de Suipacha en las llanuras
diste a tu causa agüero de venturas,
Balcarce; y tú, Belgrano, y otros ciento
que la tierra natal de glorias rica
hicisteis con la espada o con la pluma,
si el justo galardón se os adjudica,
no temeréis que el tiempo le consuma.

.....
Ni sepultada quedará en olvido
la Paz que tantos claros hijos llora,
ni Santacruz, ni menos Chuquisaca,
ni Cochabamba, que de patrio celo
ejemplos memorables atesora,
ni Potosí de minas no tan rico
como de nobles pechos, ni Arequipa.
que de Vizcardo con razón se alaba,
ni a la que el Rímac las murallas lava,
que *de los reyes* fue, ya de sí propia,
ni la ciudad que dio a los Incas cuna,
leyes al sur, y que si aún gime esclava,
virtud no le faltó, sino fortuna.
Pero la libertad, bajo los golpes
que la ensangrientan, cada vez más brava,
más indomable, nuevos cuellos yergue,
que al despotismo harán soltar la clava.
No largo tiempo usurpará el imperio
del sol la hispana gente advenediza,
ni al ver su trono en tanto vituperio
de Manco Cápac gemirán los manes.
De Angulo y Pumacagua la ceniza
nuevos y más felices capitanes
vengarán, y a los hados de su pueblo
abrirán vencedores el camino.
Huid, días de afán, días de luto,
y acelerad los tiempos que adivino.

.....
Diosa de la memoria, himnos te pide
el imperio también de Motezuma,
que, rota la coyunda de Iturbide,
entre los pueblos libres se numera.
Mucho, nación bizarra mejicana,
de tu poder y de tu ejemplo espera

la libertad; ni su esperanza es vana,
si ajeno riesgo escarmentarte sabe,
y no en un mar te engolfas que sembrado
de los fragmentos ves de tanta nave.
Llegada al puerto venturoso, un día
los héroes cantarás a que se debe
del arresto primero la osadía;
que a veteranas filas rostro hicieron
con pobre, inculta, desarmada plebe,
excepto de valor, de todo escasa;
y el coloso de bronce sacudieron,
a que tres siglos daban firme basa.
Si a brazo más feliz, no más robusto,
poderlo derrocar dieron los cielos,
de Hidalgo, no por eso, y de Morelos
eclipsará la gloria olvido ingrato,
ni el nombre callarán de Guanajuato
los claros fastos de tu heroica lucha,
ni de tanta ciudad, que, reducida
a triste yermo, a un enemigo infama
que, vencedor, sus pactos sólo olvida;
que hace exterminio, y sumisión lo llama.

.....
Despierte oh Musa, tiempo es ya despierte
algún sublime ingenio, que levante
el vuelo a tan espléndido sujeto,
y que de Popayán los hechos cante
y de la no inferior Barquisimeto,
y del pueblo también, cuyos hogares
a sus orillas mira el Manzanares;
no el de ondas pobre y de verdura exhausto,
que de la regia corte sufre el fausto,
y de su servidumbre está orgulloso,
mas el que de aguas bellas abundoso,
como su gente lo es de bellas almas,
del cielo, en su cristal sereno, pinta
el puro azul, corriendo entre las palmas
de esta y aquella deliciosa quinta;
que de Angostura las proezas cante,
de libertad inexpugnable asilo,
donde la tempestad desoladora
vino a estrellarse; y con süave estilo
de Bogotá los timbres diga al mundo,
de Guayaquil, de Maracaibo ahora
agobiada de bárbara cadena
y de cuantas provincias Cauca baña,

Orinoco, Esmeralda, Magdalena,
y cuantas bajo el nombre colombiano
con fraternal unión se dan la mano.

.....

Mira donde contrasta sin murallas
mil porfiados ataques Barcelona.
Es un convento el último refugio
de la arrestada, aunque pequeña, tropa
que la defiende; en torno el enemigo,
cuantos conoce el fiero Marte, acopia
medios de destrucción; ya por cien partes
cede al batir de las tonantes bocas
el débil muro, y superior en armas
a cada brecha una legión se agolpa.
Cuanto el valor y el patriotismo pueden,
el patriotismo y el valor agotan;
mas ¡ay! sin fruto. Tú de aquella escena
pintarás el horror, tú que a las sombras
belleza das, y al cuadro de la muerte
sabes encadenar la mente absorta.
Tú pintarás al vencedor furioso
que ni al anciano trémulo perdona,
ni a la inocente edad, y en el regazo
de la insultada madre al hijo inmola.
Pocos reserva a vil suplicio el hierro;
su rabia insana en los demás desfoga
un enemigo que hacer siempre supo,
más que la lid, sangrienta la victoria.
Tú pintarás de Chamberlén el triste
pero glorioso fin. La tierna esposa
herido va a buscar; el débil cuerpo
sobre el acero ensangrentado apoya;
estréchala a su seno. «Libertarme
de un cadalso afrentoso puede sola
la muerte dice; este postrero abrazo
me la hará dulce; ¡adiós!» Cuando con pronta
herida va a matarse, ella, atajando
el brazo, alzado ya, «¿tú a la deshonra,
tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
más que la muerte horribles, me abandonas?
Para sufrir la afrenta, falta dice
valor en mí; para imitarte, sobra.
Muramos ambos». Hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos; abrazados mueren.

.....

Pero ¿al de Margarita qué otro nombre
deslucirá? ¿donde hasta el sexo blando
con los varones las fatigas duras
y los peligros de la guerra parte;
donde a los defensores de la patria
forzoso fue, para lidiar, las armas
al enemigo arrebatat lidiando;
donde el caudillo, a quien armó Fernando
de su poder y de sus fuerzas todas
para que de venganzas le saciara,
al inexperto campesino vulgo
que sus falanges denodado acosa,
el campo deja en fuga ignominiosa?

.....

Ni menor prez los tiempos venideros
a la virtud darán de Cartagena.
No la domó el valor; no al hambre cede,
que sus guerreros ciento a ciento siega.
Nadie a partidos viles presta oídos;
cuantos un resto de vigor conservan,
lánzanse al mar, y la enemiga flota
en mal seguros leños atraviesan.
Mas no el destierro su constancia abate,
ni a la desgracia la cerviz doblegan;
y si una orilla dejan, que profana
la usurpación, y las venganzas yerman,
ya a verla volverán bajo estandartes
que a coronar el patriotismo fuerzan
a la fortuna, y les darán los cielos
a indignas manos arrancar la presa.
En tanto, por las calles silenciosas,
acaudillando armada soldadesca,
entre infectos cadáveres, y vivos
en que la estampa de la Parca impresa
se mira ya, su abominable triunfo
la restaurada inquisición pasea;
con sacrílegos himnos los altares
haciendo resonar, a su honda cueva
desciende enhambrecida, y en las ansias
de atormentados mártires se ceba.

.....

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?
¡Ah que entre escombros olvidar pareces,
turbio Catuche, tu camino usado!
¿Por qué en tu margen el rumor festivo

calló? ¿Dó está la torre bulliciosa
que pregonar solía,
de antorchas coronada,
la pompa augusta del solemne día?
Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, y en la sala que gozosos
banquetes vio y amores, hoy sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandeces
en tu desolación, ¡oh patria de héroes!
tú que, lidiando altiva en la vanguardia
de la familia de Colón, la diste
de fe constante no excedido ejemplo;
y si en tu suelo desgarrado al choque
de destructivos terremotos, pudo
tremolarse algún tiempo la bandera
de los tiranos, en tus nobles hijos
viviste inexpugnable, de los hombres
y de los elementos vencedora.
Renacerás, renacerás ahora;
florecerán la paz y la abundancia
en tus talados campos; las divinas
Musas te harán favorecida estancia,
y cubrirán de rosas tus ruinas.

.....
¡Colombia! ¿qué montaña, qué ribera,
qué playa inhospital, donde antes sólo
por el furor se vio de la pantera
o del caimán el suelo en sangre tinto;
cuál selva tan oscura, en tu recinto,
cuál queda ya tan solitaria cima,
que horror no ponga y grima,
de humanas osamentas hoy sembrada,
feo padrón del sanguinario instinto
que también contra el hombre al hombre anima?
Tu libertad ¡cuán caro
compraste! ¡cuánta tierra devastada!
¡cuánta familia en triste desamparo!
Mas el bien adquirido al precio excede.
¿Y cuánto nombre claro
no das también al templo de memoria?

Con los de Codro y Curcio el de Ricaurte
vivirá, mientras hagan el humano
pecho latir la libertad, la gloria.

Violo en sangrientas lides el Aragua
dar a su patria lustre, a España miedo;
el despotismo sus falanges dobla,
y aun no sucumbe al número el desnudo.
A sorprender se acerca una columna
el almacén que con Ricaurte guarda
escasa tropa; él, dando de los suyos
a la salud lo que a la propia niega,
aléjales de sí; con ledorostro
su intento oculta. Y ya de espeso polvo
se cubre el aire, y cerca se oye el trueno
del hueco bronce, entre dolientes ayes
de inerme vulgo, que a los golpes cae
del vencedor; mas no, no impunemente:
Ricaurte aguarda de una antorcha armado.
Y cuando el puesto que defiende mira
de la contraria hueste rodeado,
que, ebria de sangre, a fácil presa avanza;
cuando el punto fatal, no a la venganza,
que indigna juzga, al alto sacrificio
con que llenar el cargo honroso anhela,
llegado ve, ¡Viva la Patria! clama;
la antorcha aplica; el edificio vuela.

Ni tú de Ribas callarás la fama,
a quien vio victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vigirima,
y, dejando otros nombres, que no menos
dignos de loa Venezuela estima,
Urica, que ilustrarle pudo sola,
donde de heroica lanza atravesado
mordió la tierra el sanguinario Boves,
monstruo de atrocidad más que española.
¿Qué, si de Ribas a los altos hechos
dio la fortuna injusto premio al cabo?
¿Qué, si cautivo el español le insulta?
¿Si perecer en el suplicio le hace
a vista de los suyos? ¿si su yerta
cabeza expone en afrentoso palo?
Dispensa a su placer la tiranía
la muerte, no la gloria, que acompaña
al héroe de la patria en sus cadenas,
y su cadalso en luz divina baña.

Así expiró también, de honor cubierto,
entre víctimas mil, Baraya, a manos

de tus viles satélites, Morillo;
ni el duro fallo a mitigar fue parte
de la mísera hermana el desamparo,
que, lutos arrastrando, acompañada
de cien matronas, tu clemencia implora.
«Muera respondes el traidor Baraya,
y que a destierro su familia vaya».
Baraya muere, mas su ejemplo vive.
¿Piensas que apagarás con sangre el fuego
de libertad en tantas almas grandes?
Del Cotopaxi ve a extinguir la hoguera
que ceban las entrañas de los Andes.
Mira correr la sangre de Rovira,
a quien lamentan Mérida y Pamplona;
y la de Freites derramada mira,
el constante adalid de Barcelona;
Ortiz, García de Toledo expira;
Granados, Amador, Castillo muere;
yace Cabal, de Popayán llorado,
llorado de las ciencias; fiera bala
el pecho de Camilo Torres hiere;
Gutiérrez el postrero aliento exhala;
perece Pombo, que, en el banco infausto,
el porvenir glorioso de su patria
con profético acento te revela;
no la íntegra virtud salva a Torices;
no la modestia, no el ingenio a Caldas.
De luto está cubierta Venezuela,
Cundinamarca desolada gime,
Quito sus hijos más ilustres llora.
Pero ¿cuál es de tu crueldad el fruto?
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
¿Méjico a su visir postrada adora?
¿El antiguo tributo
de un hemisferio esclavo a España llevas?
¿Puebla la inquisición sus calabozos
de americanos; o españolas cortes
dan a la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos, graves
la avara Cádiz ve volver sus naves?
Colombia vence; libertad los vanos
cálculos de los déspotas engaña;
y fecundos tus triunfos inhumanos,
mas que a ti de oro, son de oprobio a España.
Pudo a un Cortés, pudo a un Pizarro el mundo
la sangre perdonar que derramaron;

imperios con la espada conquistaron;
mas a ti ni aun la vana, la ilusoria
sombra, que llama gloria
el vulgo adorador de la fortuna,
adorna; aquella efímera victoria
que de inermes provincias te hizo dueño,
como la aérea fábrica de un sueño
desvaneciose, y nada deja, nada
a tu nación, excepto la vergüenza
de los delitos con que fue comprada.
Quien te pone con Alba en paralelo,
¡oh cuánto yerra! En sangre bañó el suelo
de Batavia el ministro de Felipe;
pero si fue crüel y sanguinario,
bajo no fue; no acomodando al vario
semblante de los tiempos su semblante,
ya desertor del uno,
ya del otro partido,
sólo el de su interés siguió constante;
no alternativamente
fue soldado feroz, patriota falso;
no dió a la inquisición su espada un día,
y por la libertad lidió el siguiente;
ni traficante infame del cadalso,
hizo de los indultos granjería.

Musa, cuando las artes españolas
a los futuros tiempos recordares,
víctimas inmoladas a millares;
pueblos en soledades convertidos;
la hospitalaria mesa, los altares
con sangre fraternal enrojecidos;
de exánimes cabezas decoradas
las plazas; aun las tumbas ultrajadas;
doquiera que se envainan las espadas,
entronizado el tribunal de espanto,
que llama a cuentas el silencio, el llanto,
y el pensamiento a su presencia cita,
que premia al delator con la sustancia
de la familia mísera proscrita,
y a pesó de oro, en nombre de Fernando,
vende el permiso de vivir temblando;
puede ser que parezcan tus verdades
delirios de estragada fantasía
que se deleita en figurar horrores;
mas ¡oh de Quito ensangrentadas paces!

¡oh de Valencia abominable jura!
¿será jamás que lleguen tus colores,
oh Musa, a realidad tan espantosa?
A la hostia consagrada, en religiosa
solemnidad expuesta, hace testigo
del alevoso pacto el jefe ibero;
y entre devotas preces, que dirige
al cielo, autor de la concordia, el clero,
en nombre del presente Dios, en nombre
de su monarca y de su honor, a vista
de entrambos bandos y del pueblo entero,
a los que tiene puestos ya en la lista
de proscripción, fraternidad promete.
Celébrase en espléndido banquete
la paz; los brindis con risueña cara
recibe... y ya en silencio se prepara
el desenlace de este drama infando;
el mismo sol que vio jurar las paces,
Colombia, a tus patriotas vio expirando.

A ti también, Javier Ustáriz, cupo
mísero fin; atravesado fuiste
de hierro atroz a vista de tu esposa
que con su llanto enternecer no pudo
a tu verdugo, de piedad desnudo;
en la tuya y la sangre de sus hijos
a un tiempo la infeliz se vio bañada.
¡Oh Maturín! ¡oh lúgubre jornada!
¡Oh día de aflicción a Venezuela,
que aún hoy, de tanta pérdida preciosa,
apenas con sus glorias se consuela!
Tú en tanto en la morada de los justos
sin duda el premio, amable Ustáriz, gozas
debido a tus fatigas, a tu celo
de bajos intereses desprendido;
alma incontaminada, noble, pura,
de elevados espíritus modelo,
aun en la edad oscura
en que el premio de honor se dispensaba
sólo al que a precio vil su honor vendía,
y en que el rubor de la virtud, altivo
desdén y rebelión se interpretaba.
La música, la dulce poesía
¿son tu delicia ahora, como un día?
¿O a más altos objetos das la mente,
y con los héroes, con las almas bellas

de la pasada edad y la presente,
conversas, y el gran libro desarrollas
de los destinos del linaje humano,
y los futuros casos de la grande
lucha de libertad, que empieza, lees,
y su triunfo universal lejano?
De mártires que dieron por la patria
la vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Trásea, Marco Bruto, Decio,
cuantos immortaliza Atenas libre,
cuantos Esparta y el romano Tibre;
los que el bátavo suelo y el helvecio
muriendo consagraron, y el britano;
Padilla, honor del nombre castellano;
Caupolicán- y Guacaipuro-, altivo,
y España- osado; con risueña frente
Guatimozín te muestra el lecho ardiente;
muéstrate Gual- la copa del veneno;
Luisa- el crüento azote;
y tú, en el blanco seno,
las rojas muestras de homicidas balas,
heroica Policarpa-, le señalas,
tú que viste expirar al caro amante
con firme pecho, y por ajenas vidas
diste la tuya, en el albor temprano
de juventud, a un bárbaro tirano.

¡Miranda! de tu nombre se gloria
también Colombia; defensor constante
de sus derechos; de las santas leyes,
de la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco a tu ceniza
este humilde tributo, y la sagrada
rama a tu efigie venerable ciño,
patriota ilustre, que, proscrito, errante,
no olvidaste el cariño
del dulce hogar, que vio mecer tu cuna;
y ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto, y tu primer cuidado.
Osaste, solo, declarar la guerra
a los tiranos de tu tierra amada;
y desde las orillas de Inglaterra,
diste aliento al clarín, que el largo sueño
disipó de la América, arrullada

por la superstición. Al noble empeño
de sus patricios, no faltó tu espada;
y si, de contratiempos asaltado
que a humanos medios resistir no es dado,
te fue el ceder forzoso, y en cadena
a manos perecer de una perfidia,
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte.

Tu nombre, Girardot, también la fama
hará sonar con inmortales cantos,
que del Santo Domingo en las orillas
dejas de tu valor indicios tantos.
¿Por qué con fin temprano el curso alegre
cortó de tus hazañas la fortuna?
Caíste, sí; mas vencedor caíste;
y de la patria el pabellón triunfante
sombra te dio al morir, enarbolado
sobre las conquistadas baterías,
de los usurpadores sepultura.
Puerto Cabello vio acabar tus días,
mas tu memoria no, que eterna dura.

Ni menos estimada la de Roscio
será en la más remota edad futura.
Sabio legislador le vio el senado,
el pueblo, incorruptible magistrado,
honesto ciudadano, amante esposo,
amigo fiel, y de las prendas todas
que honran la humanidad cabal dechado.
Entre las olas de civil borrasca,
el alma supo mantener serena;
con rostro igual vio la sonrisa aleve
de la fortuna, y arrastró cadena;
y cuando del baldón la copa amarga
el canario- soez pérfidamente
le hizo agotar, la dignidad modesta
de la virtud no abandonó su frente.
Si de aquel ramo que Gradivo empapa
de sangre y llanto está su sien desnuda,
¿cuál otro honor habrá que no le cuadre?
De la naciente libertad, no sólo
fue defensor, sino maestro y padre.

No negará su voz divina Apolo
a tu virtud, ¡oh Piar!, su voz divina,
que la memoria de alentados hechos
redime al tiempo y a la Parca avara.
Bien tus proezas Maturín declara,
y Cumaná con Güiría y Barcelona,
y del Juncal el memorable día,
y el campo de San Félix las pregona,
que con desnudo tanto y bizarría
las enemigas filas disputaron,
pues aún postradas por la muerte guardan
el orden triple en que a la lid marcharon.
¡Dichoso, si Fortuna tu carrera
cortado hubiera allí, si tanta gloria
algún fatal deslíz no oscureciera!

Pero ¿a dónde la vista se dirige
que monumentos no halle de heroísmo?
¿La retirada que Mac Gregor rige
diré, y aquel puñado de valientes,
que rompe osado por el centro mismo
del poder español, y a cada huella
deja un trofeo? ¿Contaré las glorias
que Anzoátegui lidiando gana en ella,
o las que de Carúpano en los valles,
o en las campañas del Apure, han dado
tanto lustre a su nombre, o como experto
caudillo, o como intrépido soldado?
¿El batallón diré que, en la reñida
función de Bomboná, las bayonetas
en los pendientes precipicios clava,
osa escalar por ellos la alta cima,
y de la fortaleza se hace dueño
que a las armas patricias desafiaba?
¿Diré de Vargas el combate insigne,
en que Rondón, de bocas mil, que muerte
vomitan sin cesar, el fuego arrostra,
el puente fuerza, sus guerreros guía
sobre erizados riscos que aquel día
oyeron de hombres la primer pisada,
y al español sorprende, ataca, postra?
¿O citaré la célebre jornada
en que miró a Cedeño el anchuroso
Caura, y a sus bizarros compañeros,
llevados los caballos de la rienda,

fiados a la boca los aceros,
su honda corriente atravesar a nado,
y de las contrapuestas baterías
hacer huir al español pasmado?
Como en aquel jardín que han adornado
naturaleza y arte a competencia,
con vago revolar la abeja activa
la más sutil y delicada esencia
de las más olorosas flores liba;
la demás turba deja, aunque de galas
brillante, y de süave aroma llena,
y torna, fatigadas ya las alas
de la dulce tarea, a la colmena;
así el que osare con tan rico asunto
medir las fuerzas, dudará qué nombre
cante primero, qué virtud, qué hazaña;
y a quien la lira en él y la voz pruebe,
sólo dado será dejar vencida
de tanto empeño alguna parte breve.

¿Pues qué, si a los que vivos todavía
la patria goza y plegue a Dios que el día
en que los llore viuda, tarde sea
no se arredrare de elevar la idea?
¿Si audaz cantare al que la helada cima
superó de los Andes, y de Chile
despedazó los hierros, y de Lima?

.....
¿O al que de Cartagena el gran baluarte
hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿O al que en funciones mil pavor y espanto
puso, con su marcial legión llanera,
al español; y a Marte lo pusiera?
¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto
su frente adorna, antes de tiempo cana,
que en Cúcuta domó, y en San Mateo,
y en el Araure la soberbia hispana;
a quien los campos que el Arauca riega
nombre darán, que para siempre dure,
y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;
que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
y en Boyacá, donde un imperio entero
fue arrebatado al despotismo ibero?
Mas no a mi débil voz la larga suma
de sus victorias numerar compete;
a ingenio más feliz, más docta pluma,

su grata patria encargo tal comete;
pues como aquel samán- que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
que vio en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano.

LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales,
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbré del zafiro.
El vino es tuyo, que la herida agave
para los hijos vierte
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,

que, cuando de süave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das, que en los festines
la fiebre insana templará a Lico.
Para tus hijos la procera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía;
su blanco pan la yuca;
sus rubias pomos la patata educa;
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano,
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores;
y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
y para ti el banano-
desmaya al peso de su dulce carga;
el banano, primero
de cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
del ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
y como de natura esmero ha sido,
de tu indolente habitador lo fuera!
¡Oh! ¡si al falaz rüido,
la dicha al fin supiese verdadera
anteponer, que del umbral le llama
del labrador sencillo,
lejos del necio y vano
fasto, el mentido brillo,
el ocio pestilente ciudadano!

¿Por qué ilusión funesta
aquellos que fortuna hizo señores
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
el cuidado abandonan
y a la fe mercenaria
las patrias heredades,
y en el ciego tumulto se aprisionan
de míseras ciudades,
do la ambición proterva
sopla la llama de civiles bandos,
o al patriotismo la desidia enerva;
do el lujo las costumbres atosiga,
y combaten los vicios
la incauta edad en poderosa liga?
No allí con varoniles ejercicios
se endurece el mancebo a la fatiga;
mas la salud estraga en el abrazo
de pérvida hermosura,
que pone en almoneda los favores;
mas pasatiempo estima
prender aleve en casto seno el fuego
de ilícitos amores;
o embebecido le hallará la aurora
en mesa infame de ruinoso juego.
En tanto a la lisonja seductora
del asiduo amator fácil oído
da la consorte; crece
en la materna escuela
de la disipación y el galanteo
la tierna virgen, y al delito espuela
es antes el ejemplo que el deseo.
¿Y será que se formen de ese modo
los ánimos heroicos denodados
que fundan y sustentan los estados?
¿De la algazara del festín beodo,
o de los coros de liviana danza,
la dura juventud saldrá, modesta,
orgullo de la patria, y esperanza?
¿Sabrá con firme pulso
de la severa ley regir el freno;
brillar en torno aceros homicidas
en la dudosa lid verá sereno;
o animoso hará frente al genio altivo
del engreído mando en la tribuna,
aquel que ya en la cuna
durmió al arrullo del cantar lascivo,

que riza el pelo, y se unge, y se atavía
con femenil esmero,
y en indolente ociosidad el día,
o en criminal lujuria pasa entero?
No así trató la triunfadora Roma
las artes de la paz y de la guerra;
antes fió las riendas del estado
a la mano robusta
que tostó el sol y encalleció el arado;
y bajo el techo humoso campesino
los hijos educó, que el conjurado
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
habéis nacido de la tierra hermosa,
en que reseña hacer de sus favores,
como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso,
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso,
la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al aura popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;

la regalada paz, que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el perdido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato
y afeites impostores no se cura?
¿O el corazón escucha indiferente
el lenguaje inocente
que los afectos sin disfraz expresa,
y a la intención ajusta la promesa?
No del espejo al importuno ensayo
la risa se compone, el paso, el gesto;
ni falta allí carmín al rostro honesto
que la modestia y la salud colora,
ni la mirada que lanzó al soslayo
tímido amor, la senda al alma ignora.
¿Esperaréis que forme
más venturosos lazos himeneo,
do el interés barata,
tirano del deseo,
ajena mano y fe por nombre o plata,
que do conforme gusto, edad conforme,
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra; el fértil suelo,
áspero ahora y bravo,
al desacostumbrado yugo torne
del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
recuerden ya las aguas el camino;
el intrincado bosque el hacha rompa,

consume el fuego; abrid en luengas calles
la oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
a la sedienta caña;
la manzana y la pera
en la fresca montaña
el cielo olviden de su madre España;
adorne la ladera
el cafetal; ampare
a la tierna teobroma en la ribera
la sombra maternal de su bucare;
aquí el vergel, allá la huerta ría...
¿Es ciego error de ilusa fantasía?
Ya dócil a tu voz, agricultura,
nodriza de las gentes, la caterva
servil armada va de corvas hoces.
Mírola ya que invade la espesura
de la floresta opaca; oigo las voces,
siento el rumor confuso; el hierro suena,
los golpes el lejano
eco redobla; gime el ceibo anciano,
que a numerosa tropa
largo tiempo fatiga;
batido de cien hachas, se estremece,
estalla al fin, y rinde el ancha copa.
Huyó la fiera; deja el caro nido,
deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido
de los humanos va a buscar doliente...
¿Qué miro? Alto torrente
de sonora llama
corre, y sobre las áridas rüinas
de la postrada selva se derrama.
El raudo incendio a gran distancia brama,
y el humo en negro remolino sube,
aglomerando nube sobre nube.
Ya de lo que antes era
verdor hermoso y fresca lozanía,
sólo difuntos troncos,
sólo cenizas quedan; monumento
de la lucha mortal, burla del viento.
Mas al vulgo bravío
de las tupidas plantas montaraces,
sucede ya el fructífero plantío
en muestra ufana de ordenadas haces.
Ya ramo a ramo alcanza,

y a los rollizos tallos hurta el día;
ya la primera flor desvuelve el seno,
bello a la vista, alegre a la esperanza;
a la esperanza, que riendo enjuga.
del fatigado agricultor la frente,
y allá a lo lejos el opimo fruto,
y la cosecha apañadora pinta,
que lleva de los campos el tributo,
colmado el cesto, y con la falda en cinta,
y bajo el peso de los largos bienes
con que al colono acude,
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,
mas a merced y a compasión te mueva
la gente agricultora
del ecuador, que del desmayo triste
con renovado aliento vuelve ahora,
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,
tantos años de fiera
devastación y militar insulto,
aún más que tu clemencia antigua implora.
Su rústica piedad, pero sincera,
halle a tus ojos gracia; no el risueño
porvenir que las penas le aligera,
cual de dorado sueño
visión falaz, desvanecido llore;
intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calorosa sed de largo estío.
Y pues al fin te plugo,
árbitro de la suerte soberano,
que, suelto el cuello de extranjero yugo,
erguiese al cielo el hombre americano,
benedicida de ti se arraigue y medre
su libertad; en el más hondo encierra
de los abismos la malvada guerra,
y el miedo de la espada asoladora
al suspicaz cultivador no arredre
del arte bienhechora,
que las familias nutre y los estados;
la azorada inquietud deje las almas,
deje la triste herrumbre los arados.

Asaz de nuestros padres malhadados
expiamos la bárbara conquista.

¿Cuántas doquier la vista
no asombran erizadas soledades,
do cultos campos fueron, do ciudades?
De muertes, proscripciones,
suplicios, orfandades,
¿quién contará la pavorosa suma?
Saciadas duermen ya de sangre ibera
las sombras de Atahualpa y Motezuma.
¡Ah! desde el alto asiento,
en que escabel te son alados coros
que velan en pasmado acatamiento
la faz ante la lumbre de tu frente,
si merece por dicha una mirada
tuya la sin ventura humana gente,
el ángel nos envía,
el ángel de la paz, que al crudo ibero
haga olvidar la antigua tiranía,
y acatar reverente el que a los hombres
sagrado diste, imprescriptible fuero;
que alargar le haga al injuriado hermano,
¡ensangrento la asaz! la diestra inerme;
y si la innata mansedumbre duerme,
la despierte en el pecho americano.
El corazón lozano
que una feliz oscuridad desdeña,
que en el azar sangriento del combate
alborozado late,
y codicioso de poder o fama,
nobles peligros ama;
baldón estime sólo y vituperio
el prez que de la patria no reciba,
la libertad más dulce que el imperio,
y más hermosa que el laurel la oliva.
Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea;
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, Patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma, serenidad y regocijo;
vuelve alentado el hombre a la faena,

alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad; y nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama,
«hijos son éstos, hijos,
pregonará a los hombres
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Boyacá, los que en la arena
de Maipo, y en Junín, y en la campaña
gloriosa de Apurima,
postrar supieron al león de España».

EL HIMNO DE COLOMBIA

Canción militar

(Dedicada a S. E. El presidente libertador Simón Bolívar)

Otra vez con cadenas y muerte
amenaza el tirano español.
Colombianos, volad a las armas,
repeled, repeled la opresión.

Suene ya la trompeta guerrera,
y responda tronando el cañón;

de la Patria seguid la divisa,
que os señala el camino de honor.

CORO

Suena ya la trompeta guerrera
y responde tronando el cañón;
ya la patria arboló su divisa,
que nos muestra el camino de honor.

¿Qué Patriota de nobles ideas
apetece la torpe inacción?
¿quién aprecia el reposo entre grillos?
Ciudadano, morir es mejor.

Libertad, haz que dulce resuene
de Colombia a los hijos tu voz;
que jamás uno solo se afrente,
prefiriendo la vida al honor.

CORO

Libertad, ¡oh cuán dulce que suena
de Colombia a los hijos tu voz!
No será que uno solo se afrente
prefiriendo la vida al honor.

De la Patria es la luz que miramos,
de la Patria la vida es un don.
Verteremos por ella la sangre,
por un bárbaro déspota no.

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio;
perecer por la Patria es honor.

CORO

Libertad es la vida del alma;
servidumbre hace vil al varón.
Defender a un tirano es oprobio,
perecer por la Patria es honor.

Defended este suelo sagrado,
que crecer vuestra infancia miró;
en que yacen cenizas heroicas,
en que reina una libre nación.

Recordad tantas prendas queridas,
de la esposa el abrazo de amor,
de los hijos el beso inocente,
de los Padres la herencia de honor.

CORO

Defendamos la patria querida
que nos guarda las prendas de amor;
defendamos los caros hogares;
conservemos la herencia de honor.

Recordad los patriotas ilustres
que cobarde crueldad inmoló.
¿No escucháis que apellidan venganza?...
Embestid a esa turba feroz.

Recordad del Araure los campos,
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

CORO

Recordemos de Araure los campos
que el valor colombiano ilustró;
a Junín, Boyacá y Ayacucho,
monumentos eternos de honor.

¿Veis llegar las legiones venales,
que conduce a la lid la ambición?
Contra pechos de libres patriotas
impotente será su furor.

Atacad; una fe mercenaria
poco da que temer al valor.
Por victoria hallarán escarmiento,

por botín llevarán deshonor.

CORO

Avanzad, oh legiones venales,
que conduce a la lid la ambición;
por victoria hallaréis escarmiento
por botín llevaréis deshonor.

LA LUZ

Traducción de un fragmento de un poema de Delille, intitulado *Los tres reinos de la naturaleza*

La ciudad por el campo dejé un día
y recorriendo vagoroso el bello
distrito que a la vista se me ofrece
el prado cruzo y la montaña trepo;
llevé por la espesura de la selva
de mi libre vagar el rumbo incierto;
del arroyuelo el tortüoso giro
seguí; pasé el torrente; oí el estruendo
de la cascada; contemplé la tierra,
y osé curioso interrogar al cielo.
El sol se puso y envolvió la noche
la creación, mas por su triple imperio
discurre aún la mente vagorosa.
Descendió de los astros el silencio
derramando en mi ser sabrosa calma;
y de mil formas peregrinas veo
el mágico prodigio todavía
y aún no da tregua a la memoria el sueño.
Pareciome mirar al Genio augusto
de la naturaleza, entre severo
y apacible el semblante, en luminosa
ropa velados los divinos miembros.
De sus siete matices Iris bella
bordole el manto; Urania el rubio pelo
le coronó de estrellas; doce signos
el cinto, le divisan; arma el fuego
de Júpiter su diestra, y su mirada
meteoros de luz esparce al viento.
Bajo sus huellas brota el campo rosas;
ábrense a su mandado mil veneros

de cristalinas ondas; las fragantes
alas Favonio agita; o silba el Euro
acaudillando procelosas nubes,
se inflama el aire, y ronco estalla el trueno.
Puéblase el ancho suelo de vivientes
y el hondo mar; en derredor el Tiempo
con mano infatigable alza, derriba,
cría, destruye; sus despojos yertos
la tumba reanima; y da la Parca
eterna juventud al universo.
Cuanto le miro más, mayor parece:
«¡Mortal!, me dice al fin, si hasta aquí fueron
las formas exteriores que este globo
muestra a la vista, a tu pincel sujeto
a empresa superior la fantasía
levanta ya; sus íntimos cimientos
cala, y de su escondida arquitectura
revela a los humanos los misterios;
los primitivos elementos canta,
su mutua lid, sus treguas y conciertos,
Mide con huella audaz la escala inmensa
que sube desde el polvo hasta el Eterno.
Haz que en sus vetas el metal se cuaje;
desarrolla la flor; somete al cetro
del hombre el bruto; eleva a Dios el hombre.
Yo a tu pintura infundiré mi aliento,
y durará cuanto yo dure». Dijo;
y a obedecerle voy; mas lejos, lejos
de mí, sistemas vanos, parto espurio
de la razón que demasiado tiempo
tuvisteis en cadenas afrentosas,
de sí mismo olvidado, el pensamiento.

Sobre apoyos aéreos erigido,
obra de presuntuosa fantasía
que desprecia el examen, un sistema
hasta los cielos la cabeza empina,
y de los hombres usurpando el culto
reina siglos tal vez; mas no bien brilla
la clara luz de un hecho inesperado,
la hueca mole en humo se disipa.
Los vórtices pasaron de Cartesio;
pasaron las esferas cristalinas
de Ptolomeo; y con flamantes alas
en torno al sol la grave tierra gira.
De sus frágiles basas derrocados

así también vendrán abajo un día
tantos sueños famosos; como aquella
estatua del monarca de la Asiria,
que de oro, plata y bronce fabricada
se sustentaba en flacos pies de arcilla;
y desprendida de una cumbre apenas
el tosco barro hirió menuda guija,
se estremece el coloso, y desplomado
cubre en torno la tierra de rüinas.
Sigamos pues de la experiencia sola
el seguro fanal; ella me dicta,
yo escribo; a sus oráculos atento,
celebro ya la luz; a la luz rinda
su homenaje primero el canto mío,
a la sutil esencia peregrina
que los cuerpos fomenta, alumbrada, cala;
que el verde tallo de la planta anima,
su pureza vital conserva al aire,
llena el espacio inmenso en que caminan
los mundos, y en su rápida carrera
a la mirada del Eterno imita;
fuente de la beldad, pincel del mundo,
de la naturaleza espejo y vida.
A la celeste bóveda mi vuelo
dirige tú, Delambre, que combinas
gusto y saber, y la elegancia amable
con el severo cálculo maridas.
Y pues Newton de su potente mano
a la tuya pasó no menos digna
las riendas de los Orbes luminosos;
tiende a tu admirador la diestra amiga;
subir me da sobre tu carro alado,
y la hueste de esferas infinita,
que en rauda curso surcan golfos de oro,
o equilibradas penden de sí mismas,
veré contigo, y su diurna vuelta,
y su anuo giro, y de qué ley regidas,
ora se buscan con amantes ansias,
ora el consorcio apetecido esquivan.
No te conduce allá la gloria sólo
de interpretar ocultas maravillas,
ni en la región te engolfas de la duda,
en que sistemas con sistemas lidian;
mas del Gran Ser la soberana idea,
y el pacto eterno exploras que armoniza
ese de luz imperio portentoso

donde al orden común todo conspira;
donde el cometa mismo, que la roja
melena desgredando, pone grima,
guarda en su vasta fuga el señalado
rumbo, y el patrio hogar jamás olvida.
Pura es allí de la beldad la fuente,
cuyo ideal modelo te cautiva;
mas ¡ah! que en esos rutilantes orbes
do el ángel de la luz con ojos mira
de piedad este cieno que habitamos,
do te ofrece un abismo cada línea,
cada astro un punto, y cada punto un mundo,
no es posible, Delambre, que te siga.
En pos de objetos, que a Virgilio mismo
dieron pavor, no vuelo ya. Campiñas
y prados y boscajes me enamoran;
ellas, como al mantuano, me convidan;
a gozar voy su asilo venturoso;
y mientras tú con alas atrevidas
corres tu reino etéreo, y pides cuenta
de su prestado resplandor a Cintia,
o del soberbio carro del Tonante
contemplas la lumbrosa comitiva,
te veré yo desde mi fuente amada
en los astros dejar tu fama escrita,
y menos animoso, a cantar sólo
la bella luz acordaré mi lira.

A cada ser su colorida ropa
viste la luz; si toda le penetra,
oscuro luto; si refleja toda,
pura le cubre y cándida librea.
Rompe también a veces y divide
su trama de oro en separadas hebras,
y reflejada en parte, en parte al seno
osando descender de la materia,
visos le da y matices diferentes.
Mas otras veces rápida atraviesa
el interior tejido; y lo más duro,
variamente doblada, trasparente.
Ora a la superficie en que resurte,
con ángulos iguales busca y deja;
ora a diverso medio transmitida,
según es denso, así los rayos quiebra.
Antes que de Newton el alto ingenio
de la luz los prodigios descubriera,

mostrose siempre en haces concentrada.
Él descogió la espléndida madeja
y de la magia de su prisma armado
del iris desplegó la cinta etérea.
Mas a las maravillas de tu prisma
precedió, inglés profundo, la ampolluela
de jabón, con que el niño sin saberlo
desenvolviendo los colores, juega.
Lo que inocente pasatiempo al niño,
fue a ti lección; así naturaleza
fía al atento estudio sus arcanos,
o un acaso felice los revela,
De los siete colores la familia,
si toda se reúne, el brillo engendra
de la radiante luz; y si con varia
asociación sus varios tintes mezcla,
ya del metal el esplendor produce,
ya el oro de la mies que el viento ondea,
ya los matices que a la flor adornan,
ya los celajes que la nube ostenta,
y de los campos el verdor alegre,
y el velo azul de la celeste esfera;
su púrpura el racimo, y su vistosa
cuna de nácar le debió la perla.
¿Y quién los dones de la luz no sabe?
Triste la planta y lánguida sin ella
niega a la flor colores, niega al fruto
dulce sabor, y adonde alcanza a verla,
allá los ojos y los tiernos ramos
descolorida tiende y macilenta.
¿Ves de enfermiza palidez cubrirse
la endibia en honda estancia prisionera?
¿Ves en la zona do a torrentes de oro
derrama el sol su luz, cuál hermosea
florida pompa el oloroso bosque?
Empapadas allí de blanda esencia
bate las alas céfiro lascivo,
dorada pluma el avecilla peina,
abril florece sin cultura eterno,
y toda es vida y júbilo la selva;
mientras del norte la región sombría
de funeral horror yace cubierta.
¿Pero qué digo? allá en el norte helado
es do mejor sus maravillas muestra
la bella luz; brillantes meteoros
el largo imperio de la noche alegran,

y la atezada oscuridad en llamas
rompe de celestial magnificencia,
con quien el alba misma no compite
en el clima feliz que la despierta.
Ora la lumbre boreal el aire
cautiva tiene en tenebrosa niebla,
ora le da salida y la derrama
en fúlgidas vislumbres; ora vuela
en rayos dividida, ora se tiende
en ancha zona; aquí relampaguea
bruñida plata; allá con el zafiro
el amatiste y el topacio alternan
y del rubí la ensangrentada llama;
ya un alterado piélago semeja
que de furiosa ráfaga al embate
montes lanza de fuego a las estrellas;
ya estandartes tremola luminosos;
bóvedas alza; en carros de oro rueda;
columnas finge; o risco sobre risco,
fábrica de gigantes, aglomera;
y hace el horror de la estación sombría
de maravillas variada escena.

Creyolas la ignorancia largo tiempo
ígneas exhalaciones que en la densa
nieve del septentrión reverberadas,
a las naciones presagiaban guerra,
iras, tumulto, y vacilar hacían
del tirano en la frente la diadema.
Otros el polo helado imaginaron
ver envuelto en el limbo de la inmensa
atmósfera solar, cuyos reflejos
denso el aire o sutil rechaza, alberga,
difunde en modos varios o acumula,
y su luz tiñe, y formas mil le presta.

Refieren los poetas de natura
elegantes intérpretes que Jove
a dos bellas hermanas hizo reinas,
una del rico oriente, otra del norte.
La Boreal Aurora cierto día
añaden viendo que su hermana el goce
de la divinidad obtiene sola
y el incienso le usurpa de los hombres,
al Sol su padre va a quejarse, y mientras
que de sus ojos tierno llanto corre:

«¡Oh eterno rey del día! ¡oh padre!, exclama,
¿hasta cuándo será que me deshonren
los que hija de la tierra me apellidan
y parto vil de fríos vapores?
¿Hasta cuándo querrás que oprobio tanto
infame tu linaje? El manto rompe
de púrpura que visto, y de mis galas
la inútil pompa en luto se transforme,
arranca de mis sienes la corona,
si por hija ¡ay de mí! me desconoces.
¡Oh cuánto es más feliz la hermana mía!
La hospeda el cielo, y la bendice el orbe,
conságranle sus cánticos tus musas,
y en blando coro la saluda el bosque.
¿Y a qué beldad honores tales debe?
¿Por qué la adora el mundo, y de mi nombre
se acuerda apenas? ¿Vale tanto acaso
el falso lustre de caducas flores
que a un leve soplo el ábrego deshoja?
Siempre descoloridos arreboles
la ven nacer, y de abalorios vanos
las trenzas orna que a tu luz descoge.
Mas yo de oro y de púrpura y diamantes
recamo el cielo; yo a la parda noche
hago dejar sus lúgubres capuces
y alas de luz vestir; por mí depone
su sobrecejo la arrugada bruma;
por mí Naturaleza, en medio el torpe
letargo del invierno, abre los ojos
y tu brillante imperio reconoce.
Mi hermana, dicen, a servirte atenta
madruga cada día, y tus veloces
caballos unce, y a la tierra el velo
de la tiniebla fúnebre descorre.
Sí, sábelo el Olimpo, que dejando
la cama de Titón, va con el joven
Céfalo a solazarse, y no se cura
de que a la tarda luz el mundo invoque.
¿Por qué, pues, ha de ser la hermana mía
única en tu cariño y tus favores?
¿Por qué, si hija soy tuya, no me es dado
beber contigo el néctar de los dioses?»
«Cese tu duelo, cese, ¡oh sangre mía!
tus lágrimas enjuga el Sol responde;
yo vengaré tu largo vituperio.
Un mortal he elegido que pregone

la alteza de tu cuna, y a su cargo
con noble empeño tu defensa tome.
El diga tu linaje; y las estrellas,
cual hija de su rey, de hoy más te adoren». Dice; ella parte; el rey del cielo un rayo
de su frente inmortal desprende entonces
de aquellos con que a espíritus felices
de estro divino inflama, y lleva a donde
los haces de tus obras confidentes,
naturaleza, y tus arcanos oyen;
el nombre en él grabó de su hija amada
y la estirpe y las gracias; y lanzóle
al ilustre Mairán; el dardo vuela,
hiérole; y ya inspirado los blasones
de la hiperbórea diosa canta el sabio.
La Aurora de los climas de Bootes,
como la del oriente, es ensalzada,
y adoradores tiene, imperio y corte.
Así cantaron las divinas musas.
Otros la vasta atmósfera suponen
de eléctricos principios agitada,
que en intestina lid hierven discordes,
y el cielo hinchendo de tumulto y guerra
alzan sobre el atónito horizonte
lúcidos meteoros; mas, en medio
de encontradas hipótesis, esconde
su lumbre la verdad, y el juicio ignora
donde la planta mal segura apoye.

CARTA

(Escrita de Londres a París por un americano a otro)

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
que del dulce solaz destituido
de tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
y todas sus famosas fruslerías,
que a soledad me tienen reducido!

¡Mal rayo abraza, amén, sus Tullerías,
y mala peste en sus teatros haga
sonar, en vez de amores, letanías!

Y, cual suele el palacio de una maga,
a la virtud de superior conjuro,
toda esa pompa en humo se deshaga.

Y tú, al abrir los ojos, no en oscuro
apósito, entre sábanas fragantes,
te encuentres, blando alumno de Epicuro;

Sino, cual paladín de los que errantes
de yermo en yermo, abandonando el nido
patrio, iban a caza de gigantes.

Te halles al raso, a tu sabor tendido,
rodeado de cardos y dejaras,
cantándote una rana a cada oído.

Y suspirando entonces por las caras
ondas del Guayas Guayaquil un día,
antes que al héroe de Junín cantarás,

Digas: «¡Oh! venturosa patria mía,
¿quién me trajo a vivir do todo es hecho
de antojos, de embeleco y de falsía?

A Londres de esta vez, me voy derecho,
donde, aunque no me aguarda el beso amante
de mi Virginia, ni el paterno techo,

Me aguarda una alma fiel, veraz, constante,
que al verme sentirá más alegría
de la que me descubra en el semblante.

Con él esperaré que llegue el día
de dar la vuelta a mi nativo suelo,
y a los abrazos de la esposa mía;

Y mientras tanto bien me otorga el cielo,
¡oh Musas! ¡oh amistad! a mis pesares
en vuestros goces hallaré consuelo».

Ven, ven, ¡ingrato Olmedo! ¡Así los mares
favorables te allanen su ancha espalda,
cuando a tu bella patria retornares;

Y cuanta fresca rosa la esmeralda

matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entreteja a tu guirnalda;

Y a recibirte salgan los queridos
amigos con cantares de alegría,
por cien bocas y ciento repetidos!

Ven, y de nuestra dulce poesía
al apacible y delicioso culto,
vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
de la batalla y la sangrienta gloria,
a la llorosa humanidad insulto;

Otro encomiende a la tenaz memoria
de antiguos y modernos la doctrina,
de absurdos y verdades pepitoria;

mientras otro que ciego se imagina
en sólidos objetos ocupado,
y también a su modo desatina,

intereses calcule desvelado,
y por telas del Támesis o el indo,
cambie el metal de nuestro suelo amado.

Te manda el cielo que el laurel del Pindo
trasplantes a los climas de occidente,
do crece el ananás y el tamarindo;

do en nieves rebozada alza la frente
el jayán de los Andes, y la vía
abre ya a nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, al que miraste pía
cuando a la nueva luz recién nacido
los tiernezuelos párpados abría!

No llega nunca al pecho embebecido
en la visión de la ideal belleza
de insensatas contiendas el rüido.

El Niño Amor la lira le adereza;
y díctanle cantares inocentes
virtud, humanidad, naturaleza.

Huye el loco tumulto de las gentes;
y a los dolores que codicia irrita,
prefiere el campo, y árboles, y fuentes.

O por mejor decir, un mundo habita
suyo, donde más bello el suelo y rico
la edad feliz del oro resucita;

donde no se conoce esteva o pico,
y vive mansa gente en leda holgura,
vistiendo aún el pastoral pellico;

ni halló jamás cabida la perjura
fe, la codicia o la ambición tirana,
que nacida al imperio se figura;

ni a la plebe deslumbra, insulsa y vana,
de la extranjera seda el atavío,
con que tal vez el crimen se engalana;

ni se obedece intruso poderío,
que, ora promulga leyes, y ora anula,
siendo la ley suprema su albedrío;

ni al patriotismo el interés simula,
que hoy a la libertad himnos entona,
y mañana al poder, sumiso, adula;

ni victorioso capitán pregona
lides que por la patria ha sustentado,
y en galardón le pide la corona.

¡Oh! ¡cuánto de este mundo afortunado
el fango inmundo en que yacemos dista,
para destierro a la virtud criado!

Huyamos dél, huyamos do a la vista
no ponga horror y asombro tanta escena
que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
sus furias la ambición, y al cuello exento
forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cuál lleva el viento

tantos ardientes votos, sangre tanta,
cuatro lustros de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
miseria y luto y orfandad llorosa,
que en vano al cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente, que la hermosa
fábrica ve del iris, que a la esfera
sube, esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
y cuando cree llegar, y a la encantada
aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
vista le busca por el aire puro,
y su error reconoce avergonzada;

Así yo a nuestra patria me figuro
que, en pos del bien que imaginó, se lanza,
y cuando cree que aquel feliz futuro

de paz y gloria y libertad alcanza,
la ilusión se deshace en un momento,
y ve que es un delirio su esperanza;

fingido bien que ansioso el pensamiento
pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
luz a los ojos y a las manos viento.

Huyamos, pues, a do las auras baña
de alma serenidad lumbre dichosa,
que, si ella engaña, dulcemente engaña;

y este triste velar por la sabrosa
ilusión permutemos, que se sueña
en los floridos antros de tu diosa.

dame la mano; y sobre la ardua peña
donde el sagrado alcázar se sublima,
podrán dejar mis pies alguna seña;

mas ¡ay! en vano mi flaqueza anima
tu vuelo audaz, que, al fatigado aliento,
pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento
a do te aguarda, en medio el alto coro
de las alegres Musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
concento se suspende, y la armonía
de las acordes nueve liras de oro.

Y llegas, y te sientas, y Talía,
que al áureo cinto arregazó la falda,
la copa te presenta de ambrosía.

Y ciñe tu cabeza con guirnalda
de siempre verde lauro que matiza
purpúrea flor, y azul, y roja, y gualda.

Y luego que las cuerdas armoniza,
el coro celestial en nuevo canto
celebra tu llegada, y solemniza.

«Alma eterna del mundo, numen santo,
tutela del Perú cantan ahora,
y su onda Castalia enfrena en tanto,

«Envía sin cesar luz bienhechora,
que cesó de tu tierra la rüina,
y libre ves al pueblo que te adora.

«La libertad, amable peregrina,
su templo allí plantó; y allí su llama
hermosa arde otra vez, pura y divina.

«Y en todos sus oráculos proclama
que al Magdalena y al Rimac turbioso
ya sobre el Tíber y el Garona ama».

A encontrar vuela el himno melodioso,
la hueste de los vates inmortales,
el cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso;

Y vestida de diáfanos cendales,
ocupa el aire en torno al Inca santo
bella visión de cándidos cristales
que con etérea voz repite el canto.

LOS JARDINES

(Traducción de un fragmento de «Los jardines» de Delille)

Ya de la primavera el blando aliento
a rejuvenecer el mundo torna,
trayendo alegre música a la selva,
flores al campo, y a Favonio aromas.
¿A qué nuevo cantar templo la lira?
¡Ah! cuando el largo luto se despoja
la tierra; cuando el valle y la montaña,
el prado humilde y la floresta hojosa,
todo de amor y de esperanza ríe,
mi voz también tu imperio reconozca,
¡genial abril! Cante otro las batallas,
y abra al valor los fastos de la gloria;
pinte el fulmíneo carro de Mavorte,
o ensangriente sus manos con la copa
del fratricida Atreo; los jardines
prefiero yo, las dádivas de Flora.
Yo diré cómo, el arte gracias nuevas
da al césped, a la flor, la áspera roca,
el parlero cristal; y en la animada
tabla del suelo luces mezcla y sombras;
sabe sitio elegir, y perspectiva;
uno el designio y varia hace la forma;
llama al hábil cincel, llama a la noble
arquitectura; y con sus bellas obras,
decora la mansión del hombre, y hace
a la naturaleza más hermosa.

Tú que con el vigor juntas la gracia,
cuando el verso didáctico sazonas,
¡Musa! si de Lucrecio en los acentos,
de las lecciones áridas la tosca
austeridad puliste; si su ilustre
rival, merced a ti, supo al idioma
del cielo hacer la esteva y el cayado
digna materia; ven, y un tema adorna
menos severo, y que a Virgilio- mismo
pudo tentar; mas no la vana pompa
busquemos de prestados ornamentos;
ven, y teje a mi frente con mis propias
flores guirnalda; y cual temprano rayo

que el horizonte de celajes dora,
alguna parte alcanzará a mi estilo
de los colores que a mi asunto sobran.

Vio del arte inocente que celebro,
el antiguo universo la primera
infancia; y desde el tiempo que al colono
el duro suelo avasalló la reja,
fue a la recreación dada una parte
feliz de su dominio, estancia amena
de plantas escogidas, que halagaban
los ojos y el olfato a competencia.
En rústicos vergeles se complace
el simple lujo de Feacia; eleva
al aire Babilonia sus pensiles;
y cuando Roma al orbe dio cadenas,
en parques que cautivas adornaban
las maravillas de las artes griegas,
iban los orgullosos vencedores
a deponer el rayo de la guerra.
El saber habitaba los jardines
un día; y entre verdes alamedas,
pudo con sobrecejo menos grave
comunicarse a la pulida Atenas.
El venturoso Edén y el Elíseo,
que el cielo dio por cuna a la inocencia
y a la virtud por premio, ¿eran acaso
jaspeados palacios? Bosques eran,
lozanos bosques, y risueñas fuentes,
y alegres prados de mullida yerba,
do inaccesible el hombre a los cuidados
en paz vivía y bienandanza eterna.

Tú que a Natura pides que en el campo
simple se muestre, a par que amable y bella,
no a gran precio la insultes, que el ingenio
te manda prodigar, no la riqueza.
Elegante un jardín, más que ostentoso,
un ancho cuadro a nuestra vista ofrezca.
Sé pintor: la campiña y sus matices,
la luz del sol, las sombras de la selva,
el giro de los cielos que varía
de las horas y meses la librea,
de las colinas el ropaje verde,
la alfombra del abril en la pradera,
musgosas rocas, y árboles copados,

y fugitivas aguas, tal la tela,
tales son tus pinceles, tus colores.
Naturaleza es tuya, y a tu experta
mano, para que formas nuevas críes,
todas las formas da de la materia.

Mas antes de plantar, antes que toque
el corvo arado el seno de la tierra,
a la naturaleza observa, estudia,
por modelo la toma y por maestra.
¿No ves aparecer, vagando acaso
por apartado sitio, inculta escena
que te hace el paso suspender, y el alma
en blandas fantasías embelesa?
Copie el pincel, si puede, sus aspectos;
a hermostear el campo, el campo enseña.

También los sitios notarás, que el gusto
inteligente ornó, y en lo escogido
escogerás de nuevo. Ya la noble
pompa de Chantillí, que favorito
albergue fue a cien héroes, te convida;
Bel-Ceil, que a lo campestre une lo rico;
Navarra, en que la sombra se complace
del grande Enrique; y Tívoli florido,
cuyas amables formas a la Francia
hicieron divisar de un nuevo estilo
el modelo primero, como suele
tímido recatando el botoncillo
su delicado seno todavía,
dar de la alegre primavera aviso.
Chanteloup, que te ufanas del destierro
de tu señor; Montreuil, cuyo recinto
las Gracias solazándose trazaron;
Auteuil, Rincy, Limours, ¡qué de atractivos
a la vista ofrecéis! ¡Cuán dulcemente
me pierdo en vuestros verdes laberintos!

De aguas rico y de prados y de selvas,
ostenta el alemán nuevos prodigios.
¿Quién a Rhinberg ignora, en que reposo
halla el valor, las artes domicilio;
Rhinberg, que se retrata en los cristales
de un lago inmenso? ¿A quién no es conocido
Potsdam, que, ya en la paz, y ya en la guerra,
dominó de la Europa los destinos,

mansión de la victoria; Bellavista,
por do las ondas corren sin rüido
del río que, a la juncia de sus trenzas,
supo enlazar el ramo de Gradivo;
Casel, de sus cascadas orgulloso,
de sus llanos Gosow? Jamás han visto
campañas, montes, valles, aguas, bosques,
tan deleitosa variedad de sitios.

Los campos de los Césares te llaman,
donde te muestra bajo mil aspectos
la señora del mundo su rüina,
y entre despedazados monumentos,
engañada la vista, se figura,
en lugar de un jardín, ver un museo.
Piramidales árboles alternan
con mármoles, palacios, bronces, templos,
sepulcros, urnas, en que errar parece
de Roma antigua el imperial espectro.

De su Aranjuez ufana está la Iberia,
y del lujo real de San Lorenzo.
¿Y quién no ama tu fresca lozanía,
fastuoso Pardo? No el mezquino juego
ostentas tú de contrahechas fuentes
que solaz a la vista pasajero
muestran, y brevemente fatigadas
triste dejan la selva, y mudo el eco;
mas sin cesar las aguas resonando
vivifican tus parques altaneros,
y en bóvedas, en arcos, en columnas,
lanzándose animosas, dan al viento
frescura eterna, y de las patrias cumbres
igualan el nivel; sitio soberbio,
en que un Borbón la Francia reprodujo,
y emuló la grandeza de su abuelo.

El bátavo a su vez, hijo del arte,
en vistosos jardines mudó el cieno
de su anegada patria; mas produce
hastío allí a la vista el nimio esmero
en peregrinas flores; y esparcidos
boscajes dan insípido ornamento
a uniformes llanuras, en que el rudo
ceño de las montañas echo menos.
Empero tus canales, la abundancia

de tus orillas, los movibles lejos
en que el ganado anima la dehesa,
la barca el agua, y el molino el viento;
tus cabañas, Batavia, tus cortijos,
tales son tus jardines verdaderos.

Los líquenes, los musgos, la robusta
verdura de los pinos, vencedora
de los hielos polares, casi solos
el largo invierno al moscovita adornan.
¿Mas qué resiste al arte? Crudas nieves
el erizado polo en vano acopia;
el fuego vence al aire, y da Vulcano
en templos de cristal hospicio a Flora.
Fantásticas bellezas ama el chino,
contrastes pintorescos ambiciona;
de porcelana sus paredes cubre;
matices vivos, peregrinas formas
complácese en juntar; pero las gracias
de lo sencillo y natural ignora.

¿Diré de los jardines otomanos
el voluptuoso lujo, en que se gozan
las hijas del Oriente? Allí prodigan
las rosas el amor y los aromas;
en mármoles y jaspes bulle el agua,
y toldos de jazmines le hacen sombra;
el céfiro suspira entre azahares,
y pabellones de cendal tremola.

Mas ya, Inglaterra, a tus orillas vuelo,
a quien Bacon, a quien los dulces cantos
de Milton y de Pope el no sabido
arte de los jardines enseñaron.
Cayeron a su voz los terraplenes
de viejos parques; del nivel esclavos,
no fueron ya más tiempo los jardines;
que, como al pueblo, hiciste libre al campo;
y con la libertad, un nuevo estilo
apareció en tus bosques y en tus prados.
¡Qué leda muchedumbre de vergeles,
de hermosas vistas, de hechiceros cuadros,
en su camino tortuoso mira
aquel altivo río, que, en mil naos
acarreando sin cesar a Londres
el tributo del mundo, al océano

leyes parece dar, rey del comercio,
y por urna tener la de los hados!

Park-Place, ¿a quién no agradan tus boscajes,
más que el vano esplendor de los palacios?
¡Y los tuyos, Leasow, dulce morada
de Shenston, que aun respiras los encantos
de amor y de las Musas! Lo elegante
de tus rurales gracias, Hayley, ¡cuánto
enamora la vista! Bowton, Foxley,
que sois, a vuestros dueños imitando,
amigos y diversos, el buen gusto
de sí mismo hizo alarde al dibujaros.
Ni a ti tampoco olvidarán mis versos,
Chiswick, que unidos gozas los milagros
de la naturaleza y de las artes;
en quien no sé si más deleita el blando
verdor de la floresta, o si la noble
arquitectura que trazó Paladio,
o los vivientes lienzos, que a tu sala
dio el flamenco pincel y el italiano.

Los sitios dije que imitarse pueden:
también peligros hay que cauto evites;
no de servil imitación llevado,
al suelo quieras dar lo que resiste;
obsérvale antes bien; consulta al genio
que mora en él, y adoración le rinde.
No impunemente violará sus leyes
el que sin gusto mezcle, alce, derribe;
que, por desatender osado artista
lo que el local rehúsa y lo que pide,
fantástico parece en las del Sena
lo que es bello en las márgenes del Tibre.
Descubre perspicaz y diestro adopta
lo que el terreno de su grado admite.
El arte entonces, mientras copia, inventa:
es la naturaleza, y la corrige.
Así Berghem, así creó el Pusino:
sus diseños estudia y sus matices;
y lo que debe al campo la pintura,
vuélvalo agradecida a los jardines.

Contempla, pues, el vario aspecto y varia
índole de la tierra, ya sublime,
ya entre rudos contrastes caprichosa,

ya con modestas gracias bella y simple.
Hubo un tiempo funesto, en que tirano
violentó el arte al suelo, y el declive
que en blandas lomas recreó la vista,
cambiar osó por explanadas tristes,
Hoy no menos despótico presume
montes crear y valles do no existen.
Ambos extremos huye. En ancho llano
hacer reír la montañuela humilde
que a pintoresca aspira, y de alta sierra
combatir la aspereza, ¿de qué sirve?

¿Quieres lugar propicio a tus trabajos?
No anivelado campo solicites,
no fragosa montaña, mas la leve
desigualdad que sin orgullo ríe,
do sin rudeza se levanta el suelo,
sin uniformidad es apacible.
¿Andas? El horizonte ande contigo;
ora se alce la tierra, ora se humille;
aquí se estreche, y más allá se extienda;
y a cada paso, un nuevo aspecto admires.

Oscuro agrimensor, en el retiro
del gabinete, helados trozos forme,
y jardines geométricos describa.
Tú al sitio mismo ve. Valles y montes,
sombras y lejos al papel traslada;
obstáculos prevé, medios escoge;
de la dificultad nace el milagro,
y da belleza el arte a lo disforme.
¿Cuál tan áspero suelo y tan esquivo
su divino poder no reconoce?
¿Desnudo está? Frondosos bosques cubran
su desnudez. ¿Tupido acaso? Dome
la inútil pompa de la tierra el hacha.
¿Húmedo? En vasto lago se transformen,
o en limpio estanque las impuras ondas,
o el campo bulliciosas alborocen.
¿Árido en fin? Explora, tienta, excava,
no desesperes: ya el cristal que esconden
secretas venas, va a brotar. Al modo
que, cuando a largo afán mi ingenio pobre
se rinde exhausto, y la difícil rima
fatiga en balde ingratos pormenores,
brilla un feliz concepto de improviso,

y numeroso el verso y fácil corre.

Nuevos cuidados restan, arte nuevo,
empeño superior. Poco es que logres
embelesar los ojos: habla al alma.
¿Los misteriosos vínculos conoces
entre lo inanimado y lo sensible?
¿Percibes de las aguas, de las flores,
de los boscajes la elocuencia oculta?
¿La muda voz de los desiertos oyes?
Repite sus acentos. En tus obras
lo bello hechice, y lo sublime asombre;
pasa de lo risueño a lo severo;
muéstrate fuerte y dulce, simple y noble,
triste y alegre; y variado el tono,
al variar del gusto se acomode.
Haz que vaya el pintor a su paleta
bajo tus mirtos a buscar colores;
allí, de sacra inspiración turbado
cante el poeta, el sabio filosofe;
y en sus dulces memorias el dichoso,
y en su llorar el infeliz se goce.
Ni presumiéndolo prender, desbarra
que es raro el juicio, aunque es común la audacia.
Ni en mezcla absurda un monstruoso caos
de incompatibles elementos hagas.

El que en pequeño espacio lagos, ríos,
bosques apiña, y valles y montañas
de la naturaleza la osadía
torpemente remeda, no repara
que nunca fue lo inverosímil, bello,
ni cabe inmenso cuadro en breve tabla.

¡Feliz la perspectiva que se muestra
sin confusión, entretenida y varia;
do ya cerca, ya lejos los objetos
llamando la atención, no la embarazan;
éste a la vista se presenta ufano,
y aquel allí modesto se recata!
Hechizados los ojos, de uno en otro
con deliciosa incertidumbre vagan;
excede a los anuncios el efecto,
y aun lo que no se espera, no se extraña.

¡Movimiento, ante todo! Distráida

se desliza la vista sin la magia
de móviles objetos, y se niega
la fantasía a desplegar las alas.
Testigo tú, pintura peregrina,
testigo tú otra vez. ¡Oh! ¡cuál derramas
sobre la torpe inanimada tela
calor y vida y movimiento: el agua
que se desliza por el valle alegre
con sesgo giro, el aquilón que asalta
el bosque, y su frondosa frente surca;
el humo que ligero se levanta
en blanca espira sobre humildes techos;
y las hirvientes ondas que las playas
azotan; y pastores, y rebaños
y regocijo y músicas y danzas!
Roba, pues, al pincel sus ilusiones;

sacuda acá y allá flexibles ramas
la móvil arboleda y con süave
susurro verdes copas doble el aura
no dejes, no, que despiadada tale
la curva hoz sus inocentes galas.
¿No ves con qué primor naturaleza
esos olmos dibuja y esas hayas,
y del tronco a los ramos, de los ramos
a las trémulas hojas delicadas
van el porte graduando y la blandura,
las ondeantes formas y la gracia?
¿Y sufrirás que la crüel tijera...?
Corred, salvajes ninfas, y tamaña
injuria defended; mas ¡ay! la verde
cima el acero inexorable ultraja.
Cayó la pompa hermosa y cubre el suelo.
¡Qué triste soledad! Ni raudo brama
entre la densa ramazón el Austro,
ni brilla inquieta el aura regalada
o plácida suspira en el follaje
y poco a poco adormecida calla.
Del hierro que la troncha, la arboleda
muestra al espectador la yerta calma.

Déjala pues en blando bamboneo.
Todo se mueva: al arroyuelo manda
que esquivo huya, y salte, y se despeñe;
mandarás que la flor de hierba pastan
rebaños numerosos, y triscando

pueblará esa colina solitaria.
Pendiente allá de la distante roca
recortando el zarzal, miro la cabra.
Acá de los balantes corderillos
lleva el eco la voz por las cañadas,
o echado rumia el tardo buey; o ardiente,
impetuoso, de la bella estampa
soberbio y de los bríos heredados,
suelto alazán por la jugosa grama
de los nativos pastos lozanea.
¡Cómo su libre porte y noble traza
me agrada ver, ora se lance al frío
raudal y estremeciéndose en la clara
corriente se hunda, y con el pecho hermoso
corte las ondas, que las riza blanca
espuma en torno; o cuando corre alegre
por la llanura espaciosa y marca
con el casco sonoro el suelo, o cuando
alta la frente, la nariz hinchada,
centelleantes los ojos y la lengua
crin flotando sin orden, humo exhala,
bufa animoso, y vuela, ataviado
de orgullo y de deseo a sus amadas!
¡Ya no le veo, y van tras él los ojos!
Así el prado, el vergel, la selva opaca,
el otero, la grey, la fuerza pura,
dan al paisaje movimiento y alma.

¿Quieres que aún más la vista se enamore?
La libertad y el movimiento a una
la halaguen; y esos límites odiosos
que un paraíso en triste cárcel mudan
y ceñudos me dicen, *retrocede*
no hay más que ver, o borra o disimula,
que do fallece la esperanza, luego
la indiferencia su lugar ocupa.
Allende esa barrera, que envidiosa
me cierra el paso, el alma se figura
que objetos más amables la convidan;
y lo que me encantó, ya me importuna.

Nuestros abuelos, del helado norte
fiera progenie, belicosa y ruda,
sus rústicos hogares transformaron
en almenados campos, donde oculta,
entre el común pavor, cada familia

presa vivió, para vivir segura.
Mas la enojosa valla, que enemigos
no teme ya, y al ciudadano asusta,
¿qué sirve ahora? En vez de ingratos muros,
baluartes quiero de jazmín y murta,
o el erizado seto se alce en torno,
do, no sin miedo de las corvas puntas,
ya el travieso rapaz la negra mora
vaya a coger, y ya la rosa inculta.

Mas aun así la libertad se ofende;
todo lo que la enoja, me repugna;
tristes cercas, ¡adiós! el vuelo alcemos
a más gallardo estilo, y de más puras,
más hechiceras formas; lo que un día
el jardín debió al campo, restituya
hoy al campo el jardín, y en alianza
nueva se den la mano arte y natura.

Desde aquel monte, que de mil objetos
domina alrededor mezcla confusa,
mostrándole la vasta perspectiva,
Naturaleza al Genio dice: escucha;
¿ves la magnificencia que la tierra
a tus ojos presenta? Toda es tuya.
La descuidada pompa de mis obras
te pide que la alivies y la pulas.
Dice; con prestas alas parte el Genio...
atalaya, escudriña, y de la bruta
materia en que durmieran escondidas
saca la gracia a luz y la hermosura.
Ora toma el cincel, ora la brocha;
cuál objeto rebaja, y cuál abulta;
los tintes ora aviva y ora apaga;
contrasta y armoniza; orna y desnuda.
No compone de nuevo, mas retoca;
lo que antes fue bosquejo, es ya pintura.
Él viste al erial, y al arroyuelo
extraviado señaló la ruta.
Alégrase la selva y su sombrío
ceño la parda roca desarruga.

Manda; y por todas partes van senderos
los que se reconocen y se buscan
los complacidos miembros, y aparece
de un bello Todo la soberbia suma.

¿Pero tan vastas obras te acobardan?
Vuelve la vista a nuestros viejos parques,
mira su vano lujo, su costosa
frivolidad, las verjas, los canales;
mentida en espaldares la escultura;
y mal-hallada el agua en los estanques.
A menos costo, que el prolijo esmero,
de ese estragado gusto un breve instante
los ojos, entretiene en grande escala
se puede presentar bello paisaje.
Tal es el noble estilo, ante quien debes,
falsa magnificencia, anonadarte.
Huye, y la Francia, transformada sea
de un vasto Edén la encantadora imagen.

Deciros quiero el arte que a la vista
sabe avisar, o sorprenderla sabe,
y bajo dos estilos aparece
en el imperio del jardín rivales.
Muéstrase el uno, en ordenada planta
y forma regular, soberbio y grande.
Arreos da a la tierra que ella ignora,
al bosque leyes, y a las ondas cárcel,
y altivo rey, de siervos rodeado,
junta a lo majestuoso lo elegante.
Risueño el otro, al par que suelto y libre
cuanto ambiciona menos, más atrae.
No a la naturaleza peregrinos
afeites da, mas con sencillo traje
gusta vestirla; a sus caprichos bellos
la deja enamorado abandonarse;
y realza el desorden la hermosura,
y entre el descuido se rebosa el arte.

Grandioso el uno y halagüeño el otro
de sus derechos cada cual se ufana.
Entre Kent y Le-notre no decido.
Si aquél un dulce asilo al sabio, amante
de la feliz moderación, prepara;
decora estotro alcázares reales.
Nacen los reyes de la pompa esclavos;
el brillo del poder los acompaña,
derrame en torno el arte su prestigio,
y haga de la opulencia el lujo alarde.
Si al arte se concede que violento

a la naturaleza y la avasalle,
triunfe con gloria; usurpador, obtenga
a fuerza de grandeza el homenaje.
¡Lejos, pues, campesinas fruslerías,
que sois insulsamente regulares!
insípidos jardines, cuyo dueño,
que en su mezquino gusto se complace,
me alaba sus peinados arbolillos,
y de sus cuadros el bordado esmalte,
sus esquilados saloncillos verdes,
su eterna simetría, en que dos partes
cada calle otra calle y cada objeto
mirando está su igual y semejante;
sus sendas a cordel, su hilito de agua
que si murmura en la estrechez del cauce,
sus urnas y pirámides y globos,
martirio a mutilados vegetales,
y sus encaramados pastorcillos
hechos a torno en bojes y arrayanes.
Más que ese lujo frívolo me agrada
de un sitio inculto la esquivez salvaje.

CANCIÓN

(A la disolución de Colombia)

Deja, discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a servidumbre
redimió vencedor; y allá vomita,
aborrecida furia, tu veneno,
y esa tu tea, a cuya triste lumbre
el tierno pecho maternal palpita,
allá tan sólo agita,
donde jamás fue oído
de libertad el nombre,
y donde el cuello dobla, encallecido
bajo indigna cadena, el hombre al hombre.

¿El que la ley ató sagrado nudo
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica lid desde los llanos
que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, romperán celos
indignos de patriotas y de hermanos?

¿De labios colombianos
saldrá la voz impía:
Colombia fue? ¿Y el santo
título abjuraremos que alegría
al nuevo mundo dio y a Iberia espanto?
¡Ah! no será, ni en corazones cabe
que enamoró la gloria, tanta mengua;
o si pudo el valor desatentado
culpa, un momento, consentir tan grave;
honor lo contradijo, y de la lengua
volvió la voz al pecho horrorizado;
que no en vano regado
con la sangre habrá sido
de víctimas sin Cuento
el altar, do en mil votos repetido
se oyó de unión eterna el juramento.

¿Qué acento pudo a la postrada España
más alegre sonar? Miradla el luto
mudar gozosa en púrpura fulgente.
Ya en su delirio, la visión apaña
del cetro antiguo, y el servil tributo
demanda con usura al Occidente.
Brilla en la cana frente
el orgullo altanero,
cual súbito revive,
cuando iba el rayo a despedir postrero,
la tibia luz que pábulo recibe.

«¿Es éste el pueblo desdeñoso, esquivo,
con irrisión dirá que oprobio estima
mis leyes, y mi nombre vituperio?
No de tener el corazón altivo
de sus padres blasone; no le anima
alma capaz de libertad e imperio.
En largo cautiverio
degeneraron; falta
para llevar a cabo
una empresa tan alta
generosa virtud al que fue esclavo.

«¿Veislos violar el pacto, fementidos,
jurado apenas? ¿Veislos ya la espada
contra sí revolver? El ebrio sueño
desvaneciose; en breve, en breve uncidos
pedirán ser a la coyunda usada,

y de la voz se acordarán del dueño».
-¡Ciego error! ¡Vano empeño!
Si dejada el torrente
su natural costumbre,
arrastrare sus ondas a la fuente,
querrá volver el libre a servidumbre.

Mas, ¡oh vosotros!, ¿dejaréis que infame
la causa que os unió maldad tamaña?
¿Falta al acero empleo? ¿No hay tirano
que herencia suya vuestro suelo llame?
¿Vengose ya la sangre que lo baña?
¿Los rumbos olvidó del océano
el pabellón hispano?...
¿Qué digo? A vuestra vista
las barras y leones
en arreo desplega de conquista,
y guía a nueva lid nuevas legiones.

Sí, que de Cuba en la vecina playa
merced a los furors parricidas
que en común daño alimentáis, y afrenta
os amenaza Iberia, os atalaya,
y de combates mil las esparcidas
reliquias apellida, y junta, y cuenta.
De allí la seña ostenta
a la traición aleve,
que callada vigila
entre vosotros, y las tramas mueve
de oculto fraude, y ya el puñal afila.

¿Y en míseras contiendas distraídos
la pública salud tenéis en nada?
¿Queréis que, de humo y polvo en nube densa,
el bronce tronador dé a los oídos
súbito aviso de enemiga entrada,
para acudir a la común defensa?
¡Cuán otro el que así piensa
de los que libertaron
de los incas la cuna,
y al carro de Colombia encadenaron
en distantes batallas la fortuna!

Mirad, mirad en cuál congoja y duelo
a la Patria sumís, que la unión santa
con voz llorosa invoca y suplicante.

La dulce Patria, en que la luz del cielo
visteis primera, y do la débil planta
estampó el primer paso vacilante;
la que os sustenta, amante
y liberal nodriza;
la que en su seno encierra
de tanto ilustre mártir la ceniza,
¿teatro haréis de abominable guerra?

¡Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía,
do el valor frenesí, do la lid crimen,
y aun el vencer ignominioso fuera!
¡Ah, no! volved en vos; y aquel que un día
amor de patria, aquéllas os animen
con que humillasteis la arrogancia ibera,
virtud sublime, austera,
y ardiente sed de fama
y fe de limpio brillo;
una es la senda a que la Patria os llama,
uno el intento sea, uno el caudillo.

SALUTACIÓN DE AÑO NUEVO

Hoy que comienza, Darmid,
nuevo giro el astro bello,
que a nuestro humilde planeta
mide los pasos del tiempo,
¿qué te desea el amigo
que se cuenta poco menos
que primero en el cariño
aunque en la fecha postrero?
Salud, de todos los bienes
el necesario supuesto,
y que goces a tu Amira
por largos años y buenos.
Y que de vuestra existencia
veáis los dulces renuevos
como crecer en edad
crecer en merecimientos.
Y si tras esto Fortuna,
a la virtud sonriendo,
quisiera esta sola vez
contravenir a sus fueres.

DIÁLOGO

-TIRSI -Quisiera amarte, pero...
CLORI -¿Pero qué?
TIRSI -¿Quieres que te lo diga?
CLORI -¿Por qué no?
TIRSI -¿Y si te enojas?
CLORI -No me enojaré.
TIRSI -Pues bien, te lo diré.
CLORI -Acaba, dímelo.
TIRSI -Quisiera amarte, Clori, pero sé...
CLORI -¿Qué sabes, Tirsi?
TIRSI -Que a otro enamorado
el domingo pasado
juraste eterna fe.
CLORI -No importa; a ti también la juraré.

EL VINO Y EL AMOR

-Hijo alado
de Dione,
no me riñas,
no te enojas,
si te digo
que los goces
no me tientan
de esos pobres
que mantienes
en prisiones.

Hechiceros,
¿quién lo niega?
son los ojos
de Filena;
pero mira
cómo el néctar
delicioso
de Madera
en la copa
centellea.

Tú prometes
bienandanza;

mas, ¿lo cumples?
¡Buena alhaja!
De los necios
que sonsacas,
unos llevan
calabazas;
otros viven
de esperanzas;
cuál se queja
de inconstancia;
cuál en celos
¡ay! se abrasa.
Baco alegre,
tú no engañas.

Hace el vino
maravillas;
esperanzas
vivífica;
da al cobarde
valentía;
a los rudos,
¡cómo inspira
Aunque gruña
la avaricia,
tú le rompes
la alcancía.
Y otra cosa,
que a tu lima
no hay secretos
que resistan.

Los amantes
infelices
por las selvas
y jardines
andan siempre
de escondite;
cabizbajos
lloran, gimen;
mas, ¡cuán otro
quien te sirve!
dios amable
de las vides.
Compañeros
apercibe

que en su gozo
participen.
Cantan, beben,
bullen, ríen.

-Mas Filena,
¿no te mueve?
-Niño alado,
vete, vete.
-Sus miradas
inocentes,
sus amables
esquiveces...
-¿No te marchas,
alcahuete?...
-Sus mejillas,
que parecen
frescas rosas
entre nieves...
-Cupidillo,
no me tientes.

-Sola ahora
por la calle
se pasea
de los sauces,
y las sombras
de la tarde
van cundiendo
por el valle.
Y la sigue
cierto amante
que maquina
desbancarte.

-¿Tirsi acaso?
-Tú lo has dicho.
-Oye, aguarda,
ya te sigo.
Compañeros,
me retiro.
Vuelo a verte,
dueño mío.

LA BURLA DEL AMOR

No dudes, hermosa Elvira,
que eres mi bien, mi tesoro,
que te idolatro y adoro;
... porque es la pura mentira.

¡Ah! lo que estoy padeciendo
no puede ser ponderado,
pues de puro enamorado,
paso las noches... durmiendo.

Y si tu mirar me avisa
que te ofende mi ternura,
tanto mi dolor me apura
que me echo a morir de... risa.

ATESORE EL AVARO...

(Traducción de Tibulo)

Atesore el avaro
y de extendidas heredades coja
el opulento esquilmo
para que en susto viva y en congoja,
y oiga azorado el eco de la guerra
que el sueño de sus párpados destierra.

Allá el rico se goce
en su tesoro que de paz le priva
y heredades allegue
para que inquieto y temeroso viva
y al eco se estremezca de la guerra
que el sueño de sus párpados destierra.

Contigo en ocio blando
me abrace yo, segura medianía,
y no falte al humilde
hogar el fuego; y la esperanza mía
no engañe la cosecha, y de la uva
con el purpúreo humor hierva la cuba.

Que yo la nueva cepa
mande a la tierra, labrador sencillo,

o de sabrosa poma
plante con fácil mano el arbolillo,
o confíe a los surcos las simientes,
culto doy a los ojos sonrientes.

Yo su imagen adoro
ora de ramas coronado vea
rudo leño en el campo,
o piedra antigua en la vecina aldea,
y llevo a sus altares de mi quinta
el primer fruto que el verano pinta.

Rubia Ceres, corona
de doradas espigas en la puerta
colgaré de tu templo,
y colocado en medio de la huerta
serás, rojo Príapo, tú que sabes
la hoz en mano amedrentar las aves.

Ni a vosotros rehúse,
oh Lares, la debida cortesía
la de quien sois amparo,
sin heredad ahora y rico un día,
aunque ya no os inmole el que antes era
ganadero feliz, gorda ternera.

Hoy blanca corderilla
será para vosotros degollada
y en rededor la fruta
de festivas guirnaldas adornada.
¡Ea! ¡Ea! dirán los campesinos
dadnos grande mies y dulces vinos

PIDE LA DULCE PAZ DEL ALMA AL CIELO

(Traducción de Horacio)

Pide la dulce paz del alma al cielo
el navegante, si preñada nube
en el Egeo le escondió la luna,
y busca en vano entre la negra noche
a los amigos astros.

Pide la paz entre la lid el fiero

Tracio; la paz, el Medo belicoso
que adorna el hombro de dorada aljaba;
la paz, que ni la púrpura ni el oro,
ni los diamantes compran.

Que no elpreciado lujo, no, ni el hacha
el líctor consular, ¡oh Grosfo!, alejan
los míseros tumultos de la mente
y los cuidados, que a la sombra vuelan
de artesonados techos.

Gozarse puede en la escasez la dicha.
¡Feliz aquél en cuya parca mesa
el paterno salero brilla solo!
Ni sórdida codicia ni temores
el leve sueño ahuyentan.

¿Por qué en tan breve vida a mil objetos
osada asesta la ambición sus tiros?
¿A qué por climas que otro sol calienta
vagamos? Huyes de ti propio a dicha,
del suelo patrio huyendo.

¡Ah! que a la nave de metal forrada
sube el cuidado roedor contigo,
y más veloz que fugitivo ciervo
o silbante Aquilón, te alcanza en medio
de la cohorte ecuestre.